

RUDOLF ARNHEIM
Un mundo al revés
Novela fantástica

Traducción de RICHARD GROSS

Índice

I. Llegada y hotel	9
II. Tranvía	29
III. Hogar	41
IV. La ventana cerrada	63
V. Periódico	71
VI. Manifestación de los ricos	89
VII. Mascarero	97
VIII. Cine educativo	113
IX. Oficina de la Paciencia	139
X. Escuela	153
XI. Casa de los ricos	169
XII. Fiesta de la Paz	193
XIII. Guerra doméstica	215
XIV. Paraíso del día	233
Epílogo de 1948	255
Nota autobiográfica de 1996	259

Mentre ch'il danno e la vergogna dura

I. Llegada y hotel

TENDIDO CUAN LARGO ERA sobre el banco, pues me hallaba solo en el compartimento, apenas noté la llegada del funcionario de aduanas. Sus palabras aún resonaban en mis oídos cuando la luz verdosa y macilenta volvió a apagarse y dejarme abandonado a mí mismo.

—Control de aduanas —había dicho—. ¿Lleva usted opiniones formadas sobre las instituciones de la vida humana?

Al cabo de un rato le contesté:

—Forman parte de lo imprescindible de mi equipaje.

—¿Tiene usted la costumbre o el propósito de exponer esas opiniones públicamente, venderlas o cederlas a terceros?

—Tenía esa costumbre... pero ya no tengo el propósito de hacerlo. No merece la pena.

—Muy bien —comentó en tono más suave—. ¿Lleva libros o escritos impresos que describan cómo debería estar ordenada la vida humana?

—No exactamente; los que llevo describen cómo está ordenada la vida en mi país.

—Esos no hacen daño. Haga el favor de abrir esa maleta. ¿Qué es esto?

Sacó de un rincón de la maleta un grueso libro. Le mostré que solo contenía hojas en blanco:

—Es para mis notas.

—¿Notas? —interrogó preocupado.

—Sí, quiero apuntar en él las vivencias que vaya teniendo en su país.

—¡O sea que va a consignar hechos y no reclamaciones!

—dijo de modo muy tajante.

Acto seguido dio por concluido el examen dándome la bienvenida y deseándome un agradable descanso. Apagó la luz del compartimento y se marchó.

Repasé la escena una y otra vez hasta que me incorporé sobresaltado y, completamente despierto, dije para mí:

—No tenía cara.

En efecto, el funcionario de aduanas era un hombre sin rostro, o más exactamente, llevaba en mi recuerdo una especie de máscara rígida. ¿Había estado soñando?

Mientras trataba de rememorar en detalle la fisonomía del hombre, el tren arrancó con un dilatado suspiro pero sin aumentar la velocidad para alcanzar la marcha acostumbrada; antes bien, como si al pasar la frontera lo hubieran privado de su potente locomotora, cayó en un traqueteo torpe y chirriante que al poco tiempo hizo desertar los pensamientos de mi cerebro. Renqueaba el convoy pesadamente, cual carro de bueyes, y las franjas de luz que penetraban por los resquicios de la ventana barrían el compartimento con tanta lentitud que imponían a la mirada un ritmo soporífero.

De esta suerte transcurrió apenas un cuarto de hora, durante el cual avanzaríamos un trecho muy corto, cuando el tren volvió a detenerse. Nueva sorpresa: hasta la frontera las estaciones se hallaban sumidas en el silencio propio de la hora nocturna, acentua-

do por el esporádico grito de algún vendedor o funcionario o los golpes en los ejes del vagón. Ahora, en cambio, la parada deparaba toda clase de ruidos diurnos, gritos, risas, parloteos, estrépito de ruedas aceleradas, pasos restallantes, batir de puertas. La curiosidad me impulsaba a asomarme a la ventana, pero el balanceo del vagón y las franjas de luz flotante me habían llenado de inercia. Así que en vez de abrir las cortinas seguí acostado, saboreando la expectativa de la novedosa aventura.

Permanecimos estacionados en el lugar, al parecer importante, por espacio de dos horas, después el viaje se reanudó con el mismo trote tambaleante. Sin embargo, a los pocos minutos volvimos a detenernos y otra vez llegaban, desde fuera, ruidos humanos muy ajenos a la medianoche. De nuevo la parada se prolongó en exceso. Así sucedió repetidas veces hasta que, siempre a salvo de compañeros de viaje, me quedé profundamente dormido.

Entonces la puerta se abrió con brusquedad. Una voz me gritó que bajara. La luz del día caía en el compartimento de una forma que deslumbraba. Sobrecogido, me enderecé y, tanteando a ciegas, tiré de mi equipaje depositado en la red, y con brazos débiles conseguí arrastrarlo hasta el andén.

Fui prácticamente el único en apear-se; la estación yacía desierta, envuelta en un silencio de muerte. Impresionado por la desolación del lugar, miré a mi alrededor pensando en cómo llegar al hotel sin la ayuda de un mozo de cuerda. Entonces oí, cerca de donde me encontraba, una especie de estertor que se repetía a intervalos regulares. En un rincón sombreado un hombre gordo dormía sentado en el suelo. Tenía los brazos cruzados sobre las rodillas encogidas contra el cuerpo y la cabeza oculta entre ellos. A no ser por el par de guantes, grandes y rojos como la sangre, se diría que estaba completamente desnudo.

Si no quería seguir abandonado a mi suerte, debía preguntar a ese hombre. Pero de nada me sirvió interpelarlo. Tuve que

II. Tranvía

EL TRANVÍA ESTABA PARADO y no parecía tener prisa por salir. Fui el primero de los dos en subir el par de escalones. Cuando mi acompañante se disponía a seguirme, se le acercó rápidamente, desde el interior del vagón, un hombre descomunal que se agachó, le ciñó el torso enclenque y lo aupó sobre la plataforma soltando una burla grosera. El pedagogo montó en cólera y reconvino, aunque con cautela, al gigante. No bien sus palabras hubieron atravesado el vehículo, se desató en la plataforma delantera un retrueno de carcajadas y sarcasmos. Allí, sobre unos bancos puestos de través, había una docena de hombres, tan titánicos como el abultado revisor, con pechos anchos y peludos, brazos enormes y muslos como mazas. Estaban sentados tan juntos unos a otros que, a la luz incierta de los farolillos, asemejaban un solo monstruo de muchos cuerpos, un engendro de carne enmarañada.

El pequeño hombre claudicó ante la fuerza de aquella hilaridad escarnecedora y, mientras me iba empujando hacia el interior del vagón, se limitó a murmurar:

—Creo que, en presencia de extranjeros, sería de mejor gusto evitar estas manifestaciones del odio de clase.

En los bancos laterales había pasajeros; otros estaban de pie, en el pasillo. No participaron en la fea escena, solo nos enfocaron,

silentes y curiosos, con sus farolillos y volvieron sus rígidas máscaras hacia nosotros.

Apenas hubimos enfilado el pasillo, una opulenta señora mayor sentada junto a un hombrecillo flaco le dio a este un codazo, nos señaló con el dedo y se levantó del banco con torpeza y profusión de resoplidos. Asustado, el hombrecillo alzó la cabeza, doblada sobre unos grandes pliegos de papel, se precipitó para ayudar a su desmañada esposa a incorporarse, y se le cayeron los papeles en el intento.

Hice además de atrapar las hojas voladoras pero mi acompañante me retuvo sobresaltado y el hombrecillo se me anticipó con un glacial «¿Cómo se atreve, caballero?». No menos altivo fue el gesto imperioso con el que la dama nos ofrecía los dos puestos que ellos habían desocupado. Quise formular reparos pero el pedagogo susurró con voz sumisa:

—Enseguida, señora, enseguida —y me arrastró consigo hacia el banco.

—¿Cómo vamos a...? —protesté pero él me contestó:

—Tenemos que ceder. Los señores pertenecen a una clase más alta —e indicó las chapas con la letra R que ambos llevaban en el pecho.

Así pues, me senté en el puesto que había ocupado la opulenta señora. Era un asiento de tan escasa altura que caí hundido en él. Tenía impresas en su superficie dos concavidades que poco a poco se fueron igualando bajo el peso de mi cuerpo.

—Está usted sentado muy bajo —dijo el maestro, y añadió levantando la voz con malicia—: Pues sí, no es nada divertido ocupar los asientos de personas de tanto peso. Pero solo tiene que echar los pies atrás.

En efecto, bajo la mole de mi predecesora el asiento se había empinado hacia delante, y cuando lo golpeé con los talones para

moverlo hacia atrás sentí cómo su superficie se elevaba debajo de mi cuerpo.

El maestro no acababa de superar el disgusto causado por el matrimonio. Observaba a los dos con atención hostil y no paraba de lanzar pullas:

—Leer el periódico en el tranvía —siseó— ¡para darse el pisto! Como si nadie más fuera capaz de concentrar el espíritu en un lugar público.

Pero el hombrecito no le hizo caso y siguió, ahora de pie, marcando afanosamente sus papeles con un lápiz rojo, levantando de vez en cuando la cabeza un rato como si repitiera mentalmente lo leído o tratara de llegar al fondo de un razonamiento complicado.

Junto a la puerta de la plataforma posterior había una cesta llena de libros. El revisor cogió dos y, sin mediar palabra, los arrojó a nuestro regazo. Aunque todos los pasajeros tenían en la mano uno de esos tomos, daba la sensación de que aquel don les divertía bien poco, porque apenas leían y solo bajaban presurosamente las cabezas cuando el revisor los miraba.

Introduje la mano en el bolsillo y saqué una moneda que entregué al revisor diciendo «Dos, por favor». Mis palabras volvieron a provocar la risa de los gigantes en los bancos delanteros, y esta vez se hicieron eco los pasajeros, quienes la secundaron con tanto ímpetu que sus cabezas enmascaradas se balanceaban como movidas por el viento. En ese instante alguien me quitó la moneda de la mano. Era un chiquillo que se me había aproximado mucho y, al parecer, me contemplaba para luego preguntar a su madre con voz penetrante:

—Mamá, ¿por qué este hombre tiene la cara desnuda?

El ruido generalizado cesó súbitamente dando lugar a un embarazoso silencio. Pero de nuevo alguien prorrumpió, detrás de su

Epílogo de 1948

ESCRIBIR LIBROS SOLO ME ha estado concedido en momentos en que la fuerza de las circunstancias me inhabilitaba por un tiempo. Hace dieciocho años una enfermedad me sacó del cotidiano menudeo literario, permitiéndome reunir en un volumen mis consideraciones sobre las posibilidades artísticas del cine. Cuando Goebbels me prohibió la palabra pasé los meses hasta mi emigración a Italia con un trabajo similar dedicado a la estética de la radio. Cinco años después perdí mi puesto en una institución de la Sociedad de Naciones en Roma porque Mussolini, en un acto de docilidad repentina, se convirtió al antisemitismo. Entonces cogí mis notas para la presente narración, y cuando tras cierto tiempo recibí un visado de visitante para Inglaterra con la condición de abstenerme de toda actividad remunerada, tuve el ocio de terminar el libro. Durante meses conservé el manuscrito, junto con mis objetos de valor, en la pequeña maleta de cuero de cerdo que siempre estaba al alcance de la mano por si las sirenas nos llamaban al sótano. Me di prisa con los últimos capítulos pensando que no quería dejarme pillar por una bomba alemana con un trabajo inconcluso en mano. Cuando después, en octubre de 1940, recalé en Nueva York, *Un mundo al revés* formaba parte de una etapa consumada de mi vida.

Para un abnegado de la ciencia —porque tras un largo rodeo volví a los estudios del arte y la psicología científica— no resultará

extraño que el estímulo para la primera narración mayor proviniera no de una experiencia aislada sino de una ocurrencia básica de carácter teórico, ocurrencia en que habían cuajado las observaciones de muchos años. Era tan simple que la custodié celosamente, porque parecía que bastaban pocas palabras para entregar el contenido del libro a cualquiera. Y se me antojaba tan obvia, como artificio fecundo para la interpretación de la vida, que no quería creer que nadie la hubiera aprovechado antes que yo. Medio intrigado, medio temeroso, exploré pues el asunto y no encontré sino una pequeña comedia de Ludwig Tieck, además de algunas viejas historietas que, de forma jocosa e inofensiva, ilustraban el tema de la inversión. Quedé tranquilo, asombrado y también decepcionado de que ningún narrador mejor hubiese caído en las redes de la idea.

Los acontecimientos de los últimos años me habían desconcertado y herido. Formaban parte de la gran catástrofe, de inconcebibles devastaciones y suplicios. No obstante, lo acaecido no entraba para mí en el concepto de lo trágico que el habla cotidiana es tan proclive a aplicar a cualquier pena y dolor. Lo trágico en sentido estricto yo solo lo veía donde el intelecto humano fracasaba, en pleno uso de sus facultades más sublimes, por una disonancia de la armonía universal. Lo trágico era infrecuente. Todo lo demás que, por estupidez, debilidad o fanatismo, causaba daño a la humanidad entraba en el reino de la comedia. Y tuve que confesarme a mí mismo que era la locura, la necedad, el egoísmo, la vanidad y la estrechez de miras, una pobre caricatura del espíritu humano, lo que tenía la culpa de todas las matanzas y destrucciones. La locura seguía siendo locura, no importaba que tratara de quitarle a la vaca el hábito de comer o depravara a todo un mundo. Es cierto que de comedia solo podía hablarse aquí en el sentido más estricto. Era la hilaridad, amarga como las lágrimas, la que resonaba desde siglos en las obras de Cervantes, Grimmelshausen, Swift o Voltaire, y que últimamente, en Franz Kafka, había enmudecido en una angustiosa pregunta.

Ya fuera que en las guerras un sinnúmero de personas tuvieran que asesinar o ser asesinadas, ya fuera que se consumiesen miserablemente en las llamadas épocas normales, la sinrazón del sufrir, tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, me impresionaba con idéntica fuerza que el sufrir mismo. De ahí, sin duda, que me cautivara la ocurrencia de que bastaba con invertir los principios que supuestamente determinaban nuestra vida para crear un mundo que de forma truculenta y maliciosa se asemejara al nuestro.

Todo se inició, pues, como un juego intelectual. Pero no cobré valor para aventurarme a una narración hasta que noté que los personajes, lugares y episodios contruidos por mera inversión comenzaban a amalgamarse en un cosmos propio, dando pie a sucesos que no parecían estar justificados ya por la idea básica. Si bien incómodo para mi sentido del orden científico, ese crecimiento autónomo me convenció por una especie de lógica orgánica interna. Se le mezclaron recuerdos de personas y sitios que me habían sido caros o parecido ridículos. El lector decidirá si las desviaciones no previstas del esquema puro han vivificado o viciado la empresa.

Sucedió que la realidad, con su ocurrente afán de insensatez, me alcanzaba o superaba. Tres años antes de oír hablar de los oscurecimientos por motivos de protección antiaérea me surgió de forma sintética, por mera deducción, una imagen que más tarde vería en Londres con mis propios ojos: la de portadores de farolillos vagando furtivamente por las calles nocturnas... No sabía si estar orgulloso o sentirme engañado.

Desde *Un mundo al revés*, que sale ahora a luz por primera vez, apenas me he probado en la narrativa; solo en parte porque mi lengua materna ha quedado tan relegada en mi uso cotidiano que la empleo aquí como una especie de idioma artificial, tal como los sabios de antes lo hacían con su latín. Hablando con franqueza, no las tengo todas conmigo; ni siquiera me atrevería a publicar este li-

bro si no me supiera protegido por la triple distancia del momento en que lo escribí, la lengua en que lo hice y el lector alemán, al que no tendré que mirar a la cara.

El cambio nómada que dificulta y enriquece la vida de tantos emigrantes propicia una independencia del pensamiento y la expresión que es útil, sobre todo, para el científico. Domiciliado en todas partes y en ninguna, desligado de las parcialidades de una forma de vida local y de la ductilidad falaz de la lengua materna, puede esperar un conocimiento más libre. Para el artista, en cambio, la ventaja es más dudosa; pues no llega a la universalidad de la visión superando lo particular sino más bien ahondando en lo patrio que le viene hablando íntimamente desde la infancia. Pero también el cosmopolita habituado a viajar siente que, sea donde sea que pare, las raíces tantean hacia el suelo, por lo que mira al futuro con curiosidad y con alguna confianza.

Rudolf Arnheim

Bronxville, N. Y., en el otoño de 1948

Nota autobiográfica de 1996

NACÍ EN BERLÍN EL 15 de julio de 1904 como hijo del comerciante Georg Arnheim y su esposa Betty, de soltera Gutherz. Poco propenso a amoldarme al conocimiento escolar, pasé, tras el parvulario, sin pena ni gloria por el Liceo Herder, valiéndome sobre todo de habilidades extracurriculares. Así, dirigí, cursando todavía último de bachillerato, dos obras de teatro: *Broma, sátira, ironía y significado oculto*, de Grabbe, y *Las nubes*, de Aristófanes.

Como estudiante de la Universidad de Berlín tuve la suerte de ver, en el departamento de Psicología, el desempeño de los fundadores de la psicología gestáltica. Con su enfoque en la totalidad estructural, esta teoría era particularmente favorable a las artes, por lo que en mi formación académica recibí no solo las bases de la psicología y la filosofía, sino también las de la historia del arte y la historia de la música.

Me doctoré, bajo la dirección de Max Wertheimer, con una tesis acerca de experimentos para el problema de la expresión. Pero ya antes de despedirme de la universidad sita Bajo los Tilos me cansé de la aridez del tono académico y comencé a escribir críticas de cine y ensayos psicológicos sobre acontecimientos de la actualidad del día, sobre todo para la revista *Das Stachelschwein*, de Hans Reimann, el *Vossische Zeitung* y el *Berliner Tageblatt*. Fue así como nació mi libro *Film als Kunst* [El cine como arte], publicado

por Rowohlt en 1932. En el año 1928, después de que Carl von Ossietzky asumiera el cargo de redactor jefe de *Die Weltbühne*, me convertí en codirector de la sección cultural de este semanario.

Cuando en 1933 los nazis llegaron al poder, el *Weltbühne* y Carl von Ossietzky figuraron entre sus primeras víctimas. Emigré a Roma, donde trabajé en el Instituto de Cine Didáctico de la Sociedad de Naciones, hasta que Mussolini se plegó a las leyes raciales de Hitler. Volví a salir por pies.

Durante la guerra trabajé como traductor para el servicio de noticias de la BBC en Londres, hasta recibir, en 1940, un visado para los Estados Unidos de América. Allí regresé pronto a la ciencia y ejercí como profesor: primero durante muchos años en el Sarah Lawrence College de Bronxville, más tarde, hacia el final de mi carrera docente, en la Universidad de Harvard y la Universidad de Michigan.

En esas cuatro décadas escribí mis obras principales, ante todo sobre psicología del arte, el pensamiento visual y la fuerza del centro en la composición artística. Estas y otras obras mías han sido puestas al alcance del lector alemán por mis editores alemanes en forma de buenas traducciones.

Rudolf Arnheim

Ann Arbor, Michigan, en la primavera de 1996